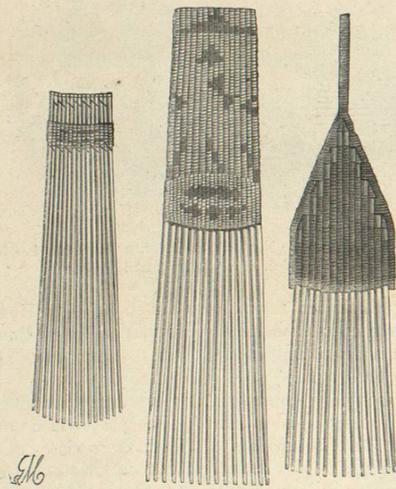


los árboles, de las malezas y de las hierbas, y las vertientes planas del Maunakea y de otros volcanes cubiertas de magnífico forraje, son terrenos predestinados á la ganadería. En Maui crecía todavía en 1830 en estado silvestre el trigo. Forster encontró en Tahití y en la isla de Pascua campos cultivados de *Solanum (nigrum?)*, planta que se usaba como agente terapéutico. G. Forster vió en Tahití hacer una mezcla del jugo amarillo de una pequeña higuera llamada *sittah* y del jugo verde de un helecho, con la que se obtenía un color rojo carmesí que servía para teñir la tapa. En las estribaciones superiores del Kilauea crece una especie de mirtillo llamado *ohela*. De las plantas útiles de la isla Hawái, la *takka* que servía para hacer almidón, crecía en otro tiempo en estado silvestre en gran abundancia y era tan solicitada como artículo de comercio que ya entonces se exportaban sólo de Honolulu á Oahu unas 200,000 libras, pero de algunos años á esta parte ha disminuído mu-



Peines de las islas Tonga (Museo Británico, Londres)  
¼ de su verdadero tamaño

cho su producción, pues se han ido arrancando casi todos los tubérculos. Por esta circunstancia, se han hecho desde 1840 varias tentativas para restablecer su cultivo. Wilkes dice que el añil crece allí en estado silvestre. La madera de sándalo ha sido, desde las expediciones de Cook y de Vancouver, uno de los más importantes artículos de exportación hasta el punto de que al cabo de pocos años los árboles que quedaban hubieron de ser tabuídos. La acacia *Koa* sustituye á la *Toa* de las islas meridionales como proveedora de madera.

La Nueva Caledonia presenta en la vegetación el mismo carácter propio y peculiar que ofrece su suelo, diferenciándose de todas las islas melanesias, especialmente de las australianas. Ya Forster se admiró del contraste que forma la Nueva Caledonia con las Nuevas Hébridas é hizo notar la semejanza que tienen con los de Australia los campos de hierba, las selvas de mirtos (*Melaleuca*) desprovistas de arbustos y las áridas y pedregosas vertientes de las montañas. En las partes meridionales de la isla las araucarias forman magníficos bosques y la isla de los Pinos ha recibido de estos su nombre. Ya se comprenderá que en una extensión de 150 millas faltan algunas de las más grandes familias australianas y que las especies endémicas aparecen en mayor núme-

ro. Entre los árboles merecen ser mencionados la *Araucaria*, el *Calophyllum*, la *Melaleuca* y el *Santalum*: el árbol del pan escasea, en cambio la parte Norte sobre todo del archipiélago contiene selvas enteras de cocoteros. La caña de azúcar es conceptuada planta indígena.

La flora de Nueva Zelandia es sumamente variada. Su estadística no tiene gran importancia, pero cabe hacer mención de un cálculo hecho por el que mejor la conoce, el doctor J. D. Hooker, quien al citar en 1853 las 1,900 especies que aquélla comprendía, manifestó la opinión de que con el tiempo se encontrarían en aquella isla 4,000 especies, 3,000 de ellas criptógamas. Los caracteres principales de la flora neo-zelandesa son el número relativamente grande de especies exclusivas de estas islas (más de las dos terceras partes de las fanerógamas pertenecen exclusivamente á ellas) y la abundancia de criptógamas que puede atribuirse á la situación aislada de aquéllas y al clima húmedo que en las mismas predomina. La pobreza de gramíneas y de plantas de flores está en armonía con esa riqueza. Gracias á esto son circunstancias que caracterizan la fisonomía del país, tan importante para nuestro estudio por cuanto influye en el ánimo del hombre sin que éste se dé cuenta de ello, la exuberancia así de las selvas como de los bosques de arbustos, la falta de prados y la escasez de flores. «Lo que visto de lejos aparece al lado de las selvas vírgenes que cubren montes y valles como terreno desnudo, como prados y campos de hierba, no es, mirado de cerca, más que maleza de la altura de un hombre, y allí donde se esperaba encontrar hierbas, plantas gramíneas y flores, sólo se encuentran uniformes helechos y matorrales con flores blancas invisibles. El constante verdor de estas malezas no es el verdor vegetal fresco, sino un verdor oscuro sucio, y si después de largo viaje se encuentran en el interior de la isla y cerca de las colonias europeas prados y campos, el color verde fresco de éstos aparece como una faja pintada que hiere la vista» (Hochstetter). Únicamente en las superficies de piedra pómez de la isla del Norte se encuentra una vegetación herbácea natural que, á pesar de ser raquíutica, bastaba en las primeras décadas de la colonización para formar un país natural de pastos. Por lo que hace á las selvas de Nueva Zelandia, el número de las especies de árboles que las forman es extraordinario. Una sexta parte por lo menos de las fanerógamas pertenece á las clases de vegetales lignosos de más de 6 metros de altura. Pero esta misma variedad de especies hace que sólo en raros casos, es decir en aquellos en que los pinos kauris (*Dammara australis*), los pinos kahikateas (*Podocarpus dactyloides*) ó los tawais—especie de hayas que los colonos han designado equivocadamente como abedules negros—forman un conjunto uniforme, aparezca una selva con fisonomía individual. Si prescindimos de los bosques de kauris de la isla Norte y de los de tawais de la isla Sud y de los de kahikateas de los pantanosos terrenos bajos de los ríos, veremos que la primitiva selva neo-zelandesa ofrece, como la de los trópicos, una confusa mezcla: como ella es también inhabitable en cierto modo, lo cual explica la poca extensión que en las regiones selváticas de Nueva Zelandia han alcanzado las colonias maoríes. Las plantas trepadoras y parásitas hacen que los bosques húmedos de Nueva Zelandia sean tan impenetrables como las selvas vírgenes tropicales. Aun en los mismos «camino maoríes» difícilmente logra uno abrirse paso al través de las nudosas raíces de los árboles y de las plantas enredaderas que crecen con asombrosa rapidez.

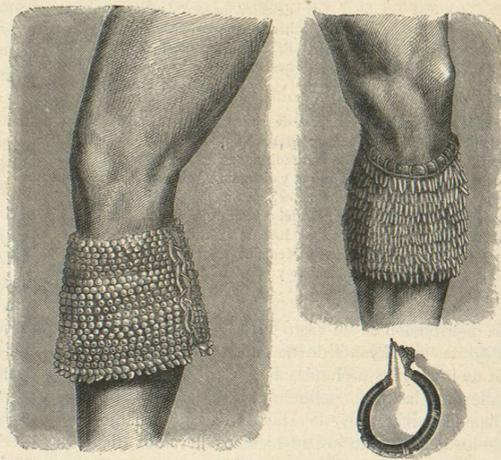
Hay en la flora neo-zelandesa dos plantas que fueron de gran importancia para la vida de los maoríes mientras este pueblo no se había puesto aún en contacto con la cultura

européa ni con las plantas útiles cosmopolitas de la misma: tales son un helecho de raíz tuberculosa comestible, llamada *raráhúe* (*Pteris esculenta*), y una especie de junco fibroso, llamada *harakeke* (*Phormium tenax*) que puede considerarse como el lino de Nueva Zelandia: ambos vegetales son peculiares de esta isla y están en ella muy extendidos. Aquel helecho crece con más abundancia y más exuberante en la isla Norte, en donde en otro tiempo cubría todos los terrenos descubiertos de las montañas y de los valles, alcanzando la altura de un hombre. Machacando las raíces farináceas del mismo se obtiene un 70 por ciento de harina y quedan separadas las fibras lignosas. Una canción al compás de la cual presentan las mujeres las cestas llenas de raíces de helecho, dice: «¿Qué hemos de comer? Mariscos y raíces de helecho. ¡Mirad aquí las raíces de la tierra! Este es el alimento que regocija al hombre. La lengua, á fuerza de lamer, se vuelve rústica como la del perro.» Al revés de esta planta alimenticia que hoy desprecian la mayor parte de los maoríes en presencia de las batatas, patatas, etc., el lino neo zelandés ha conservado y aun visto aumentar su importancia en la existencia más civilizada y más rica de la actual Nueva Zelandia. Más aún, puede decirse que ha contribuído tanto más esencialmente á la propagación rápida de cierta cultura entre los maoríes en cuanto sus fibras, cuyo valor pronto reconocieron los europeos, constituyeron el primer artículo importante de cambio entre estos y los indígenas. Las hojas de esta planta, parecidas á las cañas, son muy resistentes y unas veces tiernas y otras secas, ora enteras, ora partidas, ora torcidas, sirven para fabricar fajas, cordones, guitars, redes y velas, para tejer platos, cestas y demás; y finalmente como fibras, que los maoríes saben preparar perfectamente, son empleadas para confeccionar las esteras con que se visten los hombres y las mujeres maoríes. Además de esto, las flores rojo-amarillas de estos lirios útiles contienen gran cantidad de néctar dulcísimo; entre las hojas se encuentra una resina que servía de cola y que también se mascaba y por último los troncos que sostienen las flores y que contienen abundante pulpa, puestos á secar y luego encendidos, arden lentamente como mechas. La presencia de esta planta no tiene casi límite alguno, pues lo mismo crece en los parajes húmedos que en los lugares secos y se la encuentra lo mismo en la playa que en alturas de 2,000 metros. Gracias á la gran propagación que ha conseguido y al cultivo de que la han hecho objeto los indígenas, se ha subdividido en varias clases, de las cuales los maoríes distinguen diez ó doce con nombres especiales.

Por lo demás, si prescindimos de las excelentes maderas que sólo en muy pequeña escala utilizan los indígenas, la flora de la Nueva Zelandia casi no ofrece cosa más que sea de notable aprovechamiento. De la palmera *nikau* (*Areca sapida*) se come el cogollo ó «col de palmera» y lo propio se hace con la pulpa del tronco del helecho *mamaku* (*Cyathea medullaris*). Ya Cook reconoció el valor que como legumbre tenía para sus marineros enfermos de escorbuto la espinaca neo-zelandesa *renga renga* (*Tetragonia expansa*). Cómense además los frutos del *hie hie* ó *uri uri*, la anana neo-zelandesa más apreciada, del *hinau* (*Elaeocarpus Hinau*) cuya corteza se emplea también en la tintorería, etc. Las hojas del *manuka*, el árbol del te de los colonos, hacen las veces de esta planta aromática, y con las bayas del *tupahihi* (*Coviaris sarmientosa*) se fabrica una especie de vino. Podemos decir con Hochstetter: «Hay algunas otras cosas comestibles, pero no son dignas de ser comidas.»

Hemos de hacer notar que de la misma manera que no es muy considerable el número de las plantas alimenticias, es muy limitado también el de las plantas venenosas. La Nueva Zelandia no posee, al parecer, ninguna planta narcótica de acción enérgica por el estilo de nuestras solanáceas. Como plantas de aplicación técnica mencionaremos las distintas especies de *Cordylines*, el *ti ó makau* de los maoríes, que producen una fibra grosera pero sólida como *Phormium*, luego la corteza del *tawai* para teñir de encarnado y finalmente como madera de construcción más importante el pino kauri, muy útil también por la abundancia de resina que produce.

La fauna de todo el territorio es pobre en mamíferos, pobreza que va aumentando hacia el Este. La Nueva Guinea tiene 9 especies de didelfos y además un cerdo y una rata y 350 clases de aves, de las cuales 300 son de un carácter peculiar en ese país, como el ave del paraíso, las kasuarinas



Adorno para la pierna hecho de conchas y de dientes de perro y un brazalete de discos de conchas, de Hawái (Museo Etnográfico, Viena).

y los papagayos. En las cercanas islas del Almirantazgo figuran en representación de los mamíferos una ruseta y un didelfo (*Cuscus*). El *Chelone imbricata* proporciona á estos insulares el artículo de cambio más importante. El cocodrilo se encuentra hasta en las islas del Almirantazgo. En Polinesia faltan, desde los más remotos tiempos, todos los mamíferos excepto el murciélago; los reptiles escasean, y en cuanto á los pájaros presentan una completa uniformidad en una extensión de 1,000 millas, es decir desde las Marianas hasta las Marquesas. El género de las aves no está representado en Yap más que por dos docenas de especies. Aquí, como en Nueva Caledonia y en Nueva Zelandia, no hay serpientes terrestres. Tonga sólo posee una especie de estos reptiles y aun es inofensiva. En Nueva Zelandia únicamente hay dos clases de murciélagos y entre los animales domésticos falta el cerdo. La semejanza que existe entre el jabalí neo-zelandés y el chino, ninguno de los cuales tiene grandes colmillos como los tiene el papuano, ha sido observada por Forster. En los bosques de las Samoas y de otras islas abundan considerablemente los jabalíes, que se multiplican rápidamente gracias á la excelente alimentación que allí encuentran. Cook no consiguió ver en Tahití ningún perro, y en cambio este animal abunda en las islas de la Sociedad: en Tahití le martirizaban los

raciones á millares que no pululaban tanto en Taha, escaseaban mucho en Raiatea y eran apenas conocidos en Huahine. Mayor es la diferencia que se nota en Tonga, en donde no hay ningún perro y hay muy pocos cerdos y gallinas. Los animales malignos, excepción hecha de una araña venenosa de Nueva Caledonia, de pequeños alacranes y de algunos mosquitos, están limitados al mar, cuya fauna además de tiburones y rayas contiene, sólo en las aguas de Nueva Caledonia, seis especies venenosas.

## CAPITULO II

## ESTRUCTURA CORPORAL Y VIDA ESPIRITUAL DE LOS POLINESIOS Y DE LOS MICRONESIOS.

«Las gentes que nos rodeaban tenían tan dulce semblante como agradable porte. Eran aproximadamente de nuestra estatura, pálidos, de color moreno de caoba y tenían hermosos ojos y cabellos negros.»  
Primera descripción de los tahitianos.

G. FORSTER.

Cualidades corporales. Caracteres de raza. Color de la piel. Cabeza. Cabellos. Albinismo. Fuerza corporal. Vigor de los sentidos. — Dotes espirituales. Un pueblo de contradicciones. Los críticos optimistas. Torpeza. Volubilidad. Mentiras y disimulo. Comedia del rey Finu. Desenfreno. Sacrificios humanos, antropofagia é infanticidio. — Dotes intelectuales. Influencia del cristianismo. Fuerza creadora de la inteligencia de los polinesios. Inventos. Mitología. Idea del mundo. Conocimiento del mundo. Medicina. Cronología. Sistema aritmético. Música. Danza. Luchas y pugilato. Juegos. Juegos de niños.

La distribución en un vasto territorio habitable dotado de distintas condiciones de naturaleza y dividido en multitud de islas, y las profundas divisiones sociales son causa de que entre las tribus polinesias aparezcan muy marcadas las llamadas diferencias de razas. Después de cuanto acerca de los negros y de los australianos llevamos dicho es superfluo hacer constar que en esta raza no se encuentra una unidad absoluta; mas por otra parte las desviaciones de un tipo medio no son tan grandes que permitan justificar la hipótesis harto lata de una unión en el grupo de pueblos polinesios de elementos caucásicos, negroides y mongólicos, tal como pretenden Quatrefages y Peschel; este último califica á los micronesios de mestizos de polinesios y papuanos. Sea cual fuere la historia de los polinesios como raza, tal como hoy se presentan á nuestros ojos, lo cierto es que constituyen, en su mayoría, un grupo especial de la humanidad que, estrechamente unido á la raza malaya, posee como caracteres externos más salientes un cabello negro desde liso á rizado y una piel morena con matices más claros, que podría calificarse perfectamente como término medio de «moreno aceitunado», por más que entre los micronesios aparezca el tinte amarillo de los chinos. Q. Finsch, que es de todos los modernos viajeros el que ha hecho más minuciosas observaciones acerca de las cualidades corporales de estos pueblos, ha encontrado que dentro de este marco las diferencias son tan insignificantes que para él los micronesios no difieren de los polinesios propiamente dichos más que el suabio del alemán del Norte. Y en realidad los micronesios, exceptuando los más occidentales, se acercan más al tipo melanesio que los polinesios, por más que la diferencia quede borrada por el hecho de que las colonias polinesias emigraron al territorio micronesio, como lo demuestra Kubary hablando de las islas de Mortlock.

Para citar algunos caracteres corporales de gran importancia, haremos mención de la braquicefalia predominante y en muchos casos aumentada por medios artificiales; la frente baja, pero bien formada que muchas veces produce un ángulo facial como el de los europeos; la nariz más á menudo achatada que arqueada, esto último, sin embargo, es más frecuente en algunos grupos, como los de los maories, insulares de Rotuma y tonganeses (véase el grabado de la pág. 431) que en los demás; lo cual da origen á fisonomías en parte judaicas y en parte europeas; los ojos pequeños, animados, las más de las veces colocados horizontalmente, con una abertura á menudo sorprendente y con la correspondiente expresión; los pómulos más bien salientes hacia adelante que hacia un lado; y finalmente la boca bien formada, aunque con frecuencia provista de labios demasiado gruesos y la barba raras veces caída hacia atrás como la de los negros. La expresión del rostro da cierta afeminación á la boca, pero á pesar de esto hay también fisonomías atrevidas, enérgicas y francas como las de los europeos. Por lo general los individuos de color más blanco, como son especialmente los maories y los tonganeses y quizás también los marquesanos, se parecen al tipo europeo en la expresión, mientras que los micronesios, de matiz algo más oscuro, se aproximan, bien que insensiblemente, á los melanesios. El carácter general de los primeros se acerca más al que tenían los tahitianos á los ojos de los viajeros del pasado siglo: semblante dulce y agradable porte. Como con tanta frecuencia se emplea hablando de los polinesios la expresión «pueblos noblemente formados», no será superfluo hacer constar que su belleza sólo puede medirse con el rasero europeo en lo que se refiere á la estatura. En sus rostros hay cierta rudeza y lascivia y poca expresión intelectual: «La más bella samoana—dice Hugo Zoller—podría á lo más ser comparada con una linda aldeana alemana.» De los cabellos habría que decir que se apartan de la forma rústica y rígida de los mogoles por su mayor finura y por su tendencia á la ondulación y aun á los rizos. Forster dice hablando de los cabellos de un insular de Hervey que «parecían quemados:» son también frecuentes los cabellos crespos. Los viajeros antiguos, como Cook y Forster, no se muestran muy escrupulosos sobre el particular: los modernos, como Q. Finsch, procuran no emplear una expresión demasiado dura y hablan de cabellos rizados. Algunas veces aparecen también altas pelucas por el estilo de las papuanas, como por ejemplo las que, según descripción de Forster, llevaban Otu, el rey de Tahití, y sus hermanos. El color del cabello varía entre el negro y el castaño. H. Zoller califica el cabello de los samoanos de pardo ó rubio rojo, y en efecto hay, aunque pocos, algunos rubios oscuros. Muchas veces encontramos entre los polinesios cabelleras oscuras con algunos vellones pardos, pero la base son siempre los cabellos oscuros: esto lo propio que el matiz encarnado ó amarillo de las puntas de los cabellos, podría ser una consecuencia de la costumbre de empolvase. El albinismo parece ser cosa muy rara en estas islas: fuera de algunos papuanos albinos de Nueva Guinea, Finsch sólo vió un caso de albinismo en una mujer maorí pletórica que tenía el cabello rubio claro y los ojos algo encogidos como si la luz los dañara, á la que ese autor tomó á primera vista y por esta razón por europea. Forster dice haber visto unas mujeres de Raiatea con la piel que «parecía cera blanca y algo gris leonada» y dice que no observó en ellas síntoma alguno de enfermedad. Los individuos de rígida cabellera tienen poca barba y poco vello, siendo más abundantes en aquellos cuyos cabellos son rizados que constituyen la inmensa mayoría.

Los polinesios no son desde el punto de vista corporal una raza muy vigorosa, y los mismos maories más robustos en apariencia, tienen por término medio mucha menos fuerza que los ingleses. En la carrera se quedan también muy atrás y la numerosa hueste de hawayos en cuya compañía vivió Wilkes una temporada en el Maunaloa, acabó por padecer, casi sin excepción, de mal de montaña en su forma más intensa. Aun en los casos en que los brazos y las piernas no son delgadas (las extremidades inferiores sólo son raquílicas entre ciertas tribus de Nueva Zelandia y otras que viven más en sus canoas que en tierra) la gordura es más producida por la grasa que por los músculos, siendo las más de las veces su corpulencia resultado de la inactividad: el trabajo de los polinesios no es el más á propósito para desarrollar sus cuerpos, pues están acostumbrados á trabajar sólo algunas horas cada día y los nobles por regla general pasan la vida sin hacer cosa alguna. Los caudillos de Hawai eran generalmente hombres gordos y pesados, que se movían con dificultad, lo cual redundaba á menudo en perjuicio suyo. Finsch habla de un caudillo de Apamama que pesaba 130 kilogramos, y en cambio en las islas de Gilbert encontró como peso medio 75 y como máximo 95.

En punto á estatura los polinesios vienen á formar un término medio: entre los resultados de las mediciones verificadas por Finsch, encontramos como máximo 1'79 metros que tenía un hombre de las islas Gilbert y 1'61 que media una mujer de Upolu, «una de las polinesias más robustas y gruesas de cuantas vi.» La medida media en 30 hombres de Yap, en pleno desarrollo, era de 1'50 á 1'69 metros; en los naturales de las islas de Marschall 1'52 á 1'72, en las mujeres de la isla Gilbert de 1'43 á 1'68. En este punto hay, empero, grandes diferencias. Los habitantes de la isla de Pascua, por ejemplo, que llevan una existencia mezquina, son de estatura más pequeña que todos los demás polinesios. G. Forster dice, hablando de ellos: «No encontramos entre todos ninguno que mereciera el dictado de alto.» Además son flacos y á consecuencia de la intensidad que adquiere la luz solar al posarse en sus áridas montañas, sus ojos están encogidos de una manera desventajosa y los músculos de su cara contraídos de abajo arriba. A pesar de todo, su aspecto exterior ha sido considerado ya desde los antiguos observadores como genuinamente polinesio. Los micronesios especialmente ofrecen ejemplos de grandes variaciones en punto á estatura, circunstancia que tiene su fundamento en el hecho de pertenecer la mayoría de las islas micronesias á la clase de arrecifes coralinos bajos, distando mucho de gozar de la fertilidad que caracteriza á una gran parte del archipiélago polinesio. De aquí se deriva un estado de cosas como el que vemos en el archipiélago Marschall, en donde los indígenas de las islas septentrionales que han sido poco visitadas por los extranjeros y que producen gran cantidad de sustancias alimenticias, son altos y robustos, al paso que la inmensa mayoría de los naturales de las islas meridionales se compone de hombres pequeños, flacos, débiles, que envejecen prematuramente y de mujeres más raquílicas y pequeñas todavía. Este último tipo más débil es el que predomina, no existiendo ningún grupo cuyos habitantes puedan ser comparados por su estructura hermosa y robusta con los tonganeses y samoanos y mucho menos con los maories. La pereza, que hace que esos habitantes miren con aversión la pesca y que se limiten á los alimentos vegetales, puede en parte haber contribuido á ello. Según observación de Finsch, los insulares de Gilbert son los más fuertes de entre ellos; vienen después los del grupo Marschall y final-

mente están muy por debajo de éstos los de Kuschai (Carolinas). Es de notar que las diferencias corporales entre los dos sexos, que tan marcadas aparecen en algunas tribus pobres como las de los insulares de Penrhyn, son las mismas que ofrecen las razas civilizadas, á saber: los hombres son altos, robustos y de mirada salvaje y las mujeres pequeñas y delgadas.

El vigor de los sentidos ha sido á menudo descrito como verdaderamente notable. «En Tahití — dice Forster — no era cosa nueva que los indígenas nos mostraran pequeños pájaros ocultos entre espesos árboles ó patos y pollas de agua escondidos entre apretados juncales, en donde ninguno de nosotros hubiera podido divisarlos.» Los samoanos tienen — según Gräffe — una habilidad especial para encontrar los objetos que se han perdido entre las malezas ó en medio de los bosques, por mucha que sea la distancia que hayan recorrido y aun cuando el objeto perdido sea tan pequeño como un cortaplumas. De la destreza que necesitan para realizar sus viajes por mar tendremos que hablar más adelante. Estos pueblos han sido calificados, no sólo de los más hermosos sí que también de los más inteligentes entre los pueblos naturales. De todas maneras son á nuestros ojos más simpáticos que los negros y los malayos. Los polinesios no son tan cándidos é infantiles como sus vecinos negros que habitan al Oeste, pero tampoco demuestran la reserva que los malayos: no son «niños del momento» como los negros, pero tampoco son tan calculadores como los chinos. Pueblo natural genuino por cuanto se abandona á los impulsos de su naturaleza, en ninguno aparecen más firmes los límites de la costumbre tradicional ni más variadas las clasificaciones sociales, y aun cuando, alejados de los grandes centros de la civilización, válese en sus relaciones entre sí y con la naturaleza de instrumentos y de armas primitivas, en otras esferas han dado pruebas de dotes intelectuales no escasas.

Si todos los pueblos naturales ofrecen cierta contradicción entre sus dotes y su cultura, los polinesios son un pueblo eminentemente de contradicciones, lo cual explica las diferencias de juicios que sobre ellos se han emitido. Cook y sus compañeros consideraron á los tahitianos y á los naturales de las islas de la Sociedad como hombres dóciles, amables, envidiables por muchos conceptos y dichosos; como niños dotados de condiciones felicísimas, bien que no siempre criados en conformidad con las mismas. Pero es que estudia las atrasadas páginas de la historia de sus relaciones con los blancos, encontrará en una de las más antiguas explicado su encuentro con la expedición de Wallis, ante la cual aparecieron aquellos indígenas de una manera muy distinta y que hubo de rechazarlos en sangrienta lucha. Este acontecimiento les hizo temer á los blancos y así se explica en parte la conducta distinta que observaron con los que llegaron posteriormente. Los que no habían recibido aún tan duras lecciones se presentaban como verdaderos salvajes: así hubo de experimentarlo varias veces Cook en Nueva Zelandia y en su segundo viaje á las Marquesas; y su muerte ocurrida en Hawai durante su tercera expedición fué debida indudablemente á la excesiva confianza con que se presentó en este pueblo. En las pequeñas y distantes islas, como Paumotu, Savage, Penrhyn y otras, han ocurrido una porción de sorpresas á traición, y ejemplos como estos nos los ofrece en abundancia la historia de Nueva Zelandia. Los polinesios no son salvajes al estilo de los zulús ó de los aschantis, pero están dotados de un carácter en alto grado variable.

Debajo de una gran viveza externa se oculta la estupidez de un espíritu no educado. Entre los mismos polinesios